

San Juan de Socueva: el abandono de una ermita

GRUPO ALCEDA*

A Joaquín González Echegaray

La ermita semirrupestre de San Juan de Socueva es uno de los escasos monumentos prerrománicos de la Cantabria oriental y uno de los lugares más bellos de la región. Situada en el escarpe calcáreo de una montaña y en medio de un paraje agreste y solitario, une el encanto de su entorno a la importancia arqueológica del monumento. Fue su 'descubridor', Maximiliano de Regil, catedrático de Historia de Ciudad Real y oriundo de Arredondo. Desde entonces se le han dedicado varios estudios vinculados al patrimonio cultural de Cantabria, sin resultados proteccionistas deseables.

La fábrica de esta ermita se remonta al siglo IX y está ligada al hecho cultural de las iglesias rupestres del sur de nuestra comunidad, que desde aquí reivindicamos como merecedoras de un tratamiento de conjunto artístico. Protagonizan un fenómeno cultural imprescindible para entender nuestra historia, pues a partir de ellas se produjo la inicial difusión de aquella nueva filosofía cristiana que irrumpe en de los siglos posteriores a la caída del imperio romano.

En Socueva, el eremita aprovechó una oquedad cárstica natural enmarcándola con toscos muros de mampuesto para resaltar los espacios propios del culto. Un arco de herradura abierta separa la nave de planta rectangular del ábside semicircular y cubierto con bóveda de cuarto de esfera. Preside este ábside un altar de piedra arenisca -común en época mozárabe- apoyado sobre una columna, monolítica. Una imagen de San Juan Bautista del siglo XVII fue trasladada a la ermita de la Magdalena en Arredondo.

Es llamativo el megalitismo que muestra el tramo original de la ermita, en su alrededor se reconocen yacimientos prehistóricos, arte rupestre paleolítico, grafismos y excavaciones realizadas por los eremitas. Pero a pesar del excepcional interés patrimonial de este edificio religioso -refrendado por su declaración en 1995 como Bien de Interés Cultural- su situación actual es lamentable; sin culto, olvidada y abandonada.

Desde hace ya tiempo se aprecia el desplazamiento sufrido por la cubierta exterior respecto del soporte rocoso sobre el que apoyaba, con los pilares amenazando peligro de colapso y de arrastrar en su caída al ábside. Resulta inexplicable e inexcusable un estado de abandono semejante, y resulta incomprensible que se continúe publicitando internacionalmente en Internet e invitando a que sea visitada, a pesar de las pésimas condiciones en que se encuentra y del peligro para las personas.

Se contemplan imprescindibles

algunas actuaciones dirigidas a eliminar todos los elementos que se han ido añadiendo a la ermita original como tejavana, altar moderno y cierre reciente, se debiera limpiar la explanada delante de la cueva y también cerrar con una verja el perímetro de la explanada con el fin de evitar el acceso de ganado y gente incontrolada. En cualquier actuación debiera prevalecer la sensatez y reducirse a la protección, conservación y limpieza de la ermita, sin hacerla perder sus valores culturales e históricos. Apelemos al sentido común, es mejor preservar el valor cultural en estado de ruina que la desnaturalización de su imagen.

Paradójicamente, se ha hecho una gran inversión económica para conseguir que el visitante pueda llegar en coche hasta la ermita. No ha importado para ello trazar una carretera por el monte, que evidentemente ha precisado destinar unos recursos económicos muy cuantiosos si los comparamos con el reducidísimo coste que se necesitaría para adecuar la ermita. Ante tal paradoja, resulta inevitable la pregunta: ¿podría ser que los bajos costes hayan sido precisamente generadores del desinterés -que siempre suele ir acompañado de insensibilidad e irresponsabilidades- y, a la postre, una de las principales causas de tal penuria?

Esta última reflexión nos lleva, desde este foro, a preocuparnos ante la posibilidad de actuaciones sobredimensionadas o desenfocadas estéticamente con que se abordan a veces las pretendidas mejoras en los ambientes rurales más valiosos -recordamos, por su proximidad, la sobreactuación en la cueva de Cullavera- en los que, pretendiendo urbanizar de forma desmesurada y os-

tentosa los espacios antiguos, casi siempre situados en parajes recónditos de alta belleza y conservados durante milenios, acaban con su interés y encanto en no pocas ocasiones.

En 1990, el arquitecto Javier González de Riancho Mazo decía: «No estamos en esta región tan sobrados de monumentos de este orden artístico e histórico como para aceptar con resignación el estado de abandono, miseria y en cierto modo desprecio que nuestras autoridades, las de antes y las de ahora, demuestran por este pequeño, en tamaño, monumento, pero muy grande en valoraciones emocionales, históricas y artísticas, y como herencia cultural que a través de once o doce siglos ha llegado hasta nosotros»... ¡Y cuánta razón tenía!

*Firman la tribuna: Virgilio Fernández Acebo, espeleólogo; Annibal González-Riancho Mariñas, arquitecto; Alis Serna Gancedo, ilustrador de arqueología; Celestina Losada Varea, historiadora; José Luis Casado Soto, historiador; Aurelio González-Riancho Colongues, médico; Esperanza Botella Pombo, historiadora; Orestes Cendrero Uceda, oceanógrafo; Ramón Bohigas Roldan, arqueólogo; José María Cubría Mirapeix, médico; Javier Ceruti García-Lago, abogado; Domingo Lastra Valdor, arquitecto; Ramón Teja Casuso, historiador; Clemente Lomba Gutiérrez, arquitecto; Isabel Ordieres Díez, historiadora; Fernando Vierna García, editor; José María Pastor Martínez, médico; Fernando García Valdeón, artista gráfico; Ángel Trujillano del Moral, ingeniero; Eduardo Manzanares Campo, arquitecto; Manuel López-Calderón, médico y Luis Peña Berraqueta, psicólogo.

NESTOR

